

El hombre que habla.

En medio de las intermitencias, que por falta de número padecen las sesiones de la Cámara, sólo hay una cosa que se mantiene inamovible, que dura y ni cambia, como si no fuera de este mundo; es la palabra de don Malaquías.

El señor Concha toma la palabra, se van los diputados, se detiene la sesión, se completa el número, vuelve a sesionarse, y el señor Concha sigue con la palabra.

¿Habla por obstruir o por placer?

Nadie la sabe.

Unos sostienen que lo que anhela el señor Concha es impedir la labor parlamentaria; lo que, dicho sea entre paréntesis, no parece una empresa muy difícil.

Otros dicen que el señor Concha habla por gusto, o más bien, por llenar una necesidad, porque lo que tiene - como el personaje de marras - no es facilidad para hablar sino dificultad para callarse.

No opinamos con estos últimos. ¿Qué placer puede tener el señor diputado si ve que su oratoria sólo sirve para ahuyentar a sus colegas de la Cámara?

))))

Pero, la cuestión subsiste, ¿Qué interés puede tener don Malaquías en obstruir la labor del Parlamento?

Cuando defendía en la Cámara la huelga fotográfica, compendíamos su objeto. Sólo siendo un Adonis puede uno no oponerse al retrato obligatorio.

Pero... la fundación de una Caja de Crédito Popular... ¿Por qué merecía el ataque del señor diputado que, indirectamente, defendía a los agenceros sin haber empeñado con ellos ni siquiera la palabra?

¿Qué razón hay para que el señor diputado impida con sus discursos la discusión del presupuesto?

Creemos que el pueblo tendrá poco interés en que retraten o no a los palanqueros de los ferrocarriles, bastante en que no los exploten los agenceros y bastante también en que la ley de presupuestos sea bien meditada.

No vemos qué interés pueda tener el diputado demócrata al interpretar así las opiniones de sus electores.

¿Cuál es el fin que se propone? ¿Qué ventajas saca de su eterna perorata?

Todo esto es un misterio.

Sólo hay una cosa real, y es que don Malaquías habla y habla... latamente.

El público y la prensa atacan, entre tanto, a la Cámara porque no aprovecha sus sesiones; porque estas tienen que suspenderse a cada rato, porque los diputados se retiran a tomar fuerzas - y refrescos - para seguir oyendo al señor Concha.

Estos ataques tienen mucho de injustos: no hay que exigir a la Cámara sacrificios heroicos.

Ni el público ni los periodistas, que tal dicen, resistirían más tiempo oyendo a don Malaquías.

J.P.